

Me convertiré en una heroína de la periferia.
 Los botones aislados no podrán acusarme,
 ni los agujeros en los calcetines, o los blancos rostros
 de las cartas sin contestar, confinadas en un escritorio.
 Nadie podrá acusarme, nadie podrá hacerlo.
 El reloj no podrá hallarme inadecuada, ni tampoco esas estrellas
 clavadas al sitio, abismo tras abismo.

TERCERA VOZ:

La vi en sueños, a mi niña roja, terrible.
 La oigo llorar a través del vidrio que nos separa.
 La oigo llorar: está realmente furiosa,
 sus gritos son ganchos que echan la zarpa y arañan como gatos.
 Con ellos trepa y reclama mi atención.
 La oigo llorar en lo oscuro, o en los astros
 que, increíblemente lejos de nosotras, brillan y giran.
 Su cabecita parece tallada en madera,
 en madera roja y fuerte, los ojos cerrados y la boca de par en par.
 Y su boca abierta proyecta gritos agudos
 que rasguñan mi sueño con flechas,
 rasguñan mi sueño y hieren mi costado.
 Mi hija no tiene dientes. Su boca es amplia.
 Profiere sonidos tan lóbregos que nada bueno auguran.

PRIMERA VOZ:

¿Qué arroja hacia nosotros a esas almas inocentes?
 Mirad, están exhaustas, derrengadas todas
 en sus cunas de lona, con los nombres atados a sus muñecas,
 esas pequeñas insignias de plata por las que han venido de tan lejos¹².
 Algunas tienen abundante pelo negro; otras son calvas.
 El color de su piel es rosado o cetrino, moreno o rojizo;
 ya comienzan a recordar sus diferencias.
 Es como si estuvieran hechas de agua; no tienen ninguna expresión.
 Sus rasgos están dormidos, son luz sobre el agua calma.
 Son auténticos monjes y monjas con sus hábitos iguales.
 Las veo diseminarse como estrellas por el mundo,
 la India, África, América..., estas milagrosas,

¹² Insignias de plata: se refiere a las pulseras que les ponen a los niños al nacer con su nombre grabado en ellas.

estas puras, pequeñas imágenes. Huelen a leche.
Las plantas de sus pies permanecen vírgenes. Son peatones del aire.

¿Es que puede la Nada ser tan pródiga?

Este es mi hijo.

Sus grandes ojos abiertos tienen ya ese azul corriente, anodino.

Se vuelve hacia mí como una pequeña planta ciega, brillante.

Un llanto: el gancho que me obliga a inclinarme.

Y me vuelvo un río de leche,

una tibia colina.

SEGUNDA VOZ:

No soy fea. Soy incluso guapa.

El espejo me devuelve una mujer sin deformidades.

Las enfermeras me devuelven mis vestidos y una identidad.

Me dicen: «Estas cosas pasan».

Es normal, en mi vida y en la de las demás.

Soy una de cada cinco, más o menos. No estoy desamparada.

Soy hermosa como una estadística. Aquí está mi lápiz de labios.

Me pinto la vieja boca de siempre.

La boca roja que arrinconé junto a mi identidad

hace un día, o dos, o tres: un viernes.

Ni siquiera necesito descansar; puedo ir a trabajar hoy mismo.

Puedo amar a mi marido, que lo entenderá.

Que me amará a través de mi confusa deformidad

como si yo hubiese perdido un ojo, una pierna, una lengua.

Y aquí estoy yo, un poco ciega, pero erguida. Caminando

sobre ruedas en vez de piernas, que igual me sirven.

Y aprendiendo a hablar con los dedos, sin lengua.

El cuerpo está lleno de recursos.

El cuerpo de una estrella de mar puede regenerar sus tentáculos,

y los tritones son pródigos en patas. Que también yo

pueda ser pródiga en aquello de lo que carezco.

TERCERA VOZ:

Mi hija es una isla pequeña, dormida y apacible.

Y yo, un barco blanco que silba: adiós, adiós.

El día se inflama. Melancólico.

Las flores de esta habitación son rojas y tropicales.
Han vivido siempre entre cristales, cuidadas con esmero.
Ahora afrontan un invierno de sábanas blancas, de rostros blancos.
No tengo espacio para llevarlas en la maleta.

Tengo los vestidos de una mujer gruesa que no conozco.
Tengo el peine y el cepillo del pelo. Tengo una vaciedad.
De pronto soy tan vulnerable.
Soy una herida saliendo del hospital.
Soy una herida a la que dan permiso para irse.
Detrás queda mi salud. Detrás queda alguien
que quisiera adherirse a mí: desato sus dedos como vendas, y me marchó.

SEGUNDA VOZ:

De nuevo soy yo misma. Ya no hay cabos sueltos.
Me he quedado vacía, desangrada, lisa y virginal como la cera;
ya no tengo ataduras, lo que significa que nada ha sucedido,
nada que no pueda ser borrado, rasgado, desmigajado, vuelto a empezar.
Estos pequeños brotes negros no piensan florecer,
ni estos secos, secos canales sueñan con la lluvia.
La mujer con quien me topo en las ventanas está intacta: limpia.

Tan limpia que se trasluce, como un espíritu.
Con cuánta reserva superpone su propia limpidez
al infierno de naranjas africanas, de cerdos colgados por las patas.
Cede ante la realidad.
Soy yo. Soy yo,
degustando la amargura entre los dientes.
La incalculable malicia de lo cotidiano.

PRIMERA VOZ:

¿Cuánto tiempo más puedo ser un muro que resguarda del viento?
¿Cuánto tiempo puedo permanecer
apaciguando el sol con el toldo de mi mano,
interceptando los dardos azules de una luna fría?
Las voces de la soledad, las voces de la tristeza
laman mi espalda inevitablemente.
¿Cómo podría mitigarlas este pequeño arrullo?

¿Cuánto tiempo aún puedo ser un muro alrededor de mi verde¹³ dominio?
¿Cuánto tiempo aún pueden mis manos
servir de venda a su herida, y mis palabras
ser pájaros brillantes en el cielo que consuelan y consuelan?
Es algo terrible
estar tan al raso: es como si mi corazón
se enmascarase y anduviera por el mundo.

TERCERA VOZ:

Hoy las universidades están ebrias de primavera.
Mi toga negra es un pequeño funeral:
demuestra que soy seria.
Los libros que llevo se insertan como cuñas en mi costado.
Una vez sufrí una herida, pero está cicatrizando.
Una vez soñé con una isla, roja de gritos.
Pero fue sólo un sueño, y los sueños no significan nada.

PRIMERA VOZ:

El alba florece en el gran olmo de la casa¹⁴.
Vuelven los vencejos. Chillan como cohetes artificiales.
Oigo el rumor de las horas
dilatarse y morir entre los arbustos del seto. Oigo el mugir de las vacas.
Los colores se reconcentran, y el aguado
techo de paja humea bajo el sol.
Los narcisos abren blancos rostros en el huerto.

Me siento reconfortada. Reconfortada.
Veo los colores brillantes del cuarto de los niños,
los patos parlanchines, los corderos felices.
Vuelvo a ser inocente. Creo en los milagros.
No creo en esos espantosos niños
que injurian mis sueños con sus ojos blancos, sus manos sin dedos.
No son míos. No me pertenecen.

Pensaré en la normalidad.
Pensaré en mi niño pequeño.
Aún no camina; no sabe decir ni una palabra,
envuelto como está en sus blancos pañales.
Pero es rosado y perfecto. Sonríe a menudo.

¹³ Verde dominio: el color verde alude, aparte de la imagen en sí, a la inmadurez del recién nacido.

¹⁴ Olmo: efectivamente, la casa que en Devon poseía Sylvia Plath estaba flanqueada por un gran olmo, árbol al que, por cierto, dedicó un magnífico poema incluido en Ariel.

He empapelado su cuarto con grandes rosas,
y pintado corazoncillos por todas partes.

No quiero que llegue a ser nadie excepcional.
A los excepcionales les persigue el demonio.
A los que ascienden la colina doliente
o se asientan en el desierto, hiriendo así el corazón de su madre¹⁵.
Quiero que sea una persona normal,
que me ame como yo le amo,
y que se case con quien desee y donde lo desee.

TERCERA VOZ:

Cálido mediodía en los prados. Los ranúnculos
se abrasan y funden, y los amantes
vienen, se van interminablemente.
Son negros y planos como las sombras.
¡Es tan maravilloso no tener ataduras!
Soy tan solitaria como la hierba. ¿Qué es lo que echo en falta?
Sea lo que sea, ¿lo encontraré algún día?

Los cisnes se han marchado. Aún recuerda
el río la blancura de sus cuerpos.
Aún se afana en perseguirlos con sus destellos.
Ahora descubre sus contornos en una nube.
¿Qué pájaro es ese que gime
con una voz tan lastimera?
Dice: «Soy joven como nunca». Entonces, ¿qué es lo que echo en falta?

SEGUNDA VOZ:

Ya estoy en casa, a la luz de la lámpara. Las tardes se alargan.
Estoy remendando una camisola de seda: mi marido lee.
Con cuánta delicadeza la luz contiene estos objetos.
Flota una extraña humareda en el aire primaveral,
un humo que se apodera de los parques, de las pequeñas estatuas
y las tiñe de rosa, como si una ternura se hubiese despertado,
una ternura de las que no solían cansar, algo curativo.

Aguardo y me duelo. Creo que también yo he sido curativa.
Aún queda mucho por hacer. Mis manos
pueden bordar con finura esta tela. Mi marido

¹⁵ ...madre: estos versos encierran varias referencias bíblicas, v. gr., las tentaciones de Jesús en el desierto, el monte Getsemaní (la colina doliente o de los pesares) y la tristeza de la Virgen María, desdeñada por su propio hijo ante la multitud.

puede pasar y pasar las páginas de un libro.
Y de esta forma estamos juntos en casa, hasta muy tarde.
Al fin y al cabo, es sólo tiempo que pesa sobre nuestras manos.
Es sólo tiempo, y el tiempo no es algo material.

Puede que las calles se vuelvan súbitamente de papel, pero yo me recupero de esta larga caída, y me encuentro a mí misma en la cama, a salvo en el colchón, las manos unidas, como corresponde. De nuevo me reencuentro. Ya no soy una sombra, aunque una sombra surja ahora de mis pies. Soy una esposa. La ciudad aguarda y se duele. Los pequeños hierbajos hienden la roca al nacer y verdean, rebosantes de vida.

Sylvia Plath
Marzo 1962

Preámbulo, traducción y notas de Juan Abeleira

Bibliografía básica en lengua castellana

- Ariel*: ed. Hiperión, Madrid 1985. Trad. de Ramón Buenaventura.
Antología: ed. Plaza y Janés. Trad. de Jesús Pardo.
Árboles de invierno: revista *Quimera* de Literatura. Número 95, diciembre 1989. Trad. de Juan Abeleira.
La campana de cristal: ed. Edhasa, Barcelona 1982. Trad. de Elena Rius.
Cartas a mi madre: ed. Grijalbo, Barcelona 1989. Trad. Montserrat Abelló y Mireia Bofill.
Sylvia Plath: biografía de Linda W. Wagner-Martín, ed. Circe, Barcelona 1989.